
POLONIA: ¿REVOLUCION EN UN SOLO PAIS?

María Misialska



3

Existen varias cuestiones sorprendentes a la hora de analizar el proceso polaco. Aquí se han elegido cuatro: ¿Cuáles son las causas de la formación de un movimiento como Solidaridad en un país del bloque? ¿Cuáles son los caminos por los que se llega a la confrontación? ¿Por qué la confrontación adquiere la forma de golpe militar? Y lo que se discutió en Polonia hasta la saciedad: ¿Es, a fin de cuentas, reformable el sistema político de los países del Este?

«Estos llamados optimistas, que no son otra cosa que locos simpáticos, dicen que aprendemos de la historia nuestros errores; pero yo afirmo que si hay algo que la historia nos enseña es que jamás nadie aprendió nada». Durante 1981 miles de polacos se han reído con estas frases cínicas del cabaret político

de Jan Pietrzak. Y se han reído, entre otras razones, porque el pesimismo de Pietrzak era algo que resultaba chocante en un contexto abrumadoramente optimista.

Lo cierto es que la historia polaca se caracteriza por las sorpresas. Por deseos que se cumplen contra todo pronóstico

y por catástrofes sólo difícilmente previsibles. Semanas antes de que comenzaran las huelgas en el Báltico, Lech Walessa afirmaba: «Es posible que consigamos formar algún día un sindicato libre e independiente, pero no creo que yo lo vea. Quizá mis hijos».

Jacek Kuron, uno de los opositores que más había escrito sobre la posibilidad de formar un movimiento de masas frente al poder del partido, se vio sorprendido ante el hecho de que, en dos semanas, se afiliaran a Solidaridad casi diez millones de personas, con las consecuencias que ello tenía en la vida cotidiana. Pero si este fenómeno fue inesperado, lo parecía mucho más la perspectiva de que se pudiera aplastar un movimiento de esa amplitud.

El primer milagro

Hasta los últimos momentos antes de la creación de Solidaridad, parecía una verdad incuestionable que la existencia de un organismo social, libre e independiente, era algo contrario a todos los principios constitutivos del sistema político de los países del Este, y especialmente contra el fundamental: el partido como instancia única de dirección de la sociedad.

En cualquier caso, una idea del cambio que significaba la constitución de Solidaridad dentro del sistema se desprende del hecho de que la palabra usada en Polonia para describir, desde un primer momento, el proceso de cambios fue *rewolucja* (revolución) y no *odnowa* (renovación), término empleado en los medios oficiales, del que se hacían frecuentes chistes en Solidaridad (*¿od nowa?*, en dos palabras separadas, significa *¿De nuevo?*, pregunta que se le hacía al poder ante sus frecuentes amenazas).

Ciertamente, Solidaridad rompía el eterno monopolio del partido en cuanto

Con su creación Solidaridad rompía el eterno monopolio del partido en cuanto a la organización, decisión e información sociales.

a la organización, decisión e información sociales, aunque la perspectiva de su nacimiento no fuera la de dirigir sino la de establecer el control sobre

esos tres factores.

Por otra parte, el hecho de que en pocos días se afiliaran al nuevo sindicato diez millones de personas, del total de trece que tiene la población activa, supuso un cambio extraordinario en el clima social del país. El poder se enfrentaba con el movimiento social más grande de la historia polaca, y entre la población se asistía a la pérdida del miedo a la participación al comprobar la auténtica dificultad práctica de perseguir a millones de personas. Hasta entonces, la ideología oficial podía, con relativa comodidad, acusar de elementos antisocialistas a los miembros de los grupos de oposición, pero esa cobertura resultaba un tanto inútil para calificar a la práctica totalidad de la clase trabajadora. En realidad, es difícil encontrar un éxito en la historia posterior de Solidaridad comparable con el hecho de su constitución.

Por ello, es posible afirmar que la explicación de este fenómeno es, a su vez, la clave interpretativa del proceso polaco. La primera causa indudable está referida a la profunda crisis económica del país. La falta de víveres y productos de primera necesidad, la paralización de las fábricas por falta de insumos y de electricidad, una vertiginosa espiral de deuda externa, la percepción general del descenso del nivel de vida hacían pensar a muchos economistas del régimen que el país estaba al borde del precipicio. En la prensa oficial aparecerían después algunos índices de este deterioro socioeconómico. Sólo entre el 60 y el 70 por 100 del tiempo de trabajo era efectivamente trabajo productivo en los últimos cinco años. El descenso progresivo de la renta nacional tiene las cifras siguientes: en 1978 descende un 2 por 100, en 1980 un 4 por 100. Un 18 por

100 de la población vive, en 1980, por debajo del mínimo biológico oficial, y un 40 por 100 por debajo del mínimo bienestar social, también oficial. Este año, 1.200.000 niños necesitaban asistencia social, ante la insuficiencia de recursos de sus familiares. El tiempo de espera medio para tener las llaves de la vivienda ya pagada era de diez años, y sólo el 18 por 100 de los matrimonios recién casados tienen su vivienda. Sólo el 23 por 100 de las camas hospitalarias fueron construidas desde que acabó la segunda guerra mundial. En el campo, el 40 por 100 de los implementos agrícolas están fuera de servicio, por deterioro o caducidad.

Ante esta situación, es lógico que Solidaridad apareciera ante los ojos de la población no sólo como un instrumento de contestación al sistema, sino también como una esperanza práctica de resolución de problemas inmediatos.

La otra causa explicativa tiene que ver con la situación del propio partido. Una crisis que difiere notablemente de otras experiencias, y en particular de la checoslovaca. En Polonia no se trataba tanto de un proceso de cambio surgido en esa institución política, como del nacimiento de una organización social tres veces mayor que el partido (el POUP tenía en 1980 3.000.000 de miembros), que, no sólo surge fuera de éste, sino que lo hace con intención de controlarlo.

Entre las autocríticas que posteriormente se hiciera el POUP, destacaban persistentemente dos: la existencia de una auténtica escisión entre bases y aparato político, y el proceso de corrupción que afectaba a este último.

Del primer fenómeno se ha dicho que había llegado a provocar un círculo vicioso: la falta de relación del último equipo Gierek con las bases del partido le obligaban a incrementar el carácter autoritario de sus decisiones. El drama de Gomulka, quien había llegado en

1956 como el salvador de la situación, contando con un efectivo apoyo social y, posteriormente, abandona el poder —en 1970— como el verdugo de los obreros de Gdansk, parecía reproducirse ahora a todos los niveles del poder.

Es importante recordar que para los militantes del partido parecía todo un éxito que en agosto de 1980 no se usara la violencia para reprimir las huelgas, aunque es sabido que dentro del Comité Central había partidarios de esta fórmula. Por qué esta vez el POUP no llegó a adoptar esa decisión, tan acostumbrada durante los años setenta, es algo que requiere una explicación. Y la respuesta tiene que ver con ambos bandos: huelguistas y partido.

Por un lado, causó notable sorpresa la capacidad organizativa de los huelguistas de 1980, tanto en lo que se refiere a la rápida coordinación de las huelgas, que se extendían vertiginosamente, como por la ausencia de demostraciones de violencia en las calles.

Pero también sucedía que en el CC del POUP no eran pocos los partidarios de la negociación social como fórmula de salida de la crisis. Al parecer incluso entre los vinculados a las fuerzas de seguridad, como es el caso del general Jaruzelski. Cabe destacar, en este contexto, la completa pérdida del sentido de realidad por parte del equipo Gierek. El propio Gierek desapareció durante las dos semanas cruciales, manteniéndose encerrado en su casa, y después, cuando hizo su reaparición, fue para asegurar ante las cámaras de televisión su tradicional comprensión de los problemas de los obreros y su resuelta decisión de ir a los orígenes del conflicto; por ejemplo, el problema de la falta de guantes y otras prendas protectoras de trabajo.

Era la viva imagen de un cadáver político.

La deslegitimación del equipo Gierek permitía a los partidarios de la negociación persistir en el empeño. Mientras,

**Solidaridad era para la población
no sólo instrumento
de contestación, sino una
esperanza de resolución
de problemas inmediatos.**

en este clima de desconcierto, se generaba entre las bases del partido la percepción de que el POUP carecía de orientación política, e incluso de ideología preparada para enfrentar una situación así. Algo que contrastaba con la firmeza de principios y de propósitos de los huelguistas. Un viejo camarada, el profesor Wladyslaw Markiewicz escribía en el semanario *Zycie Literackie*, después de firmarse los acuerdos de Gdansk: «¿De qué estamos tan orgullosos, camaradas? ¿De que hemos conseguido un acuerdo nacional? ¿Entre quién y quién? Entre la clase obrera y el poder popular del partido marxista-leninista. Nos congratulamos de haber negociado pacíficamente un problema con la clase a la que representamos. Pero incluso es peor el hecho de que de ello se congratula también la propia clase. ¡Qué paradoja!».

Es decir, el POUP se orientaba, por un lado, hacia una solución no violenta del conflicto, pero, por otro, era incapaz de generar una fórmula política autónoma.

El hundimiento total, político y humano, de Gierek y su equipo, manchados visiblemente por la corrupción administrativa, exigía tiempo para poder generar un equipo de recambio, como había sucedido en ocasiones anteriores. Pero esta vez los huelguistas dedicaban todo su tiempo a coordinar el movimiento, y en pocos días reunían un apoyo que hacía más grave la decisión de reprimirlos. En este cuadro los partidarios de la negociación —muchos de ellos convencidos de que la negociación colectiva también era una buena fórmula para enfrentar la crisis económica— encontraron las condiciones necesarias para operar. El último día de agosto, el viceprimer ministro Mieczyslaw Jagielski firmaba, con el Comité Interfábricas de Huelga, los históricos acuerdos de Gdansk, que permitirían a Solidaridad abrir su primera oficina el primero de septiembre. Seis días después el equipo negociador de Kania sustituía al de-

puesto Gierek. Parecía que los partidarios de la reforma hubieran obtenido una victoria neta dentro del partido. Pero, en buena medida, se trataba de un espejismo.

El camino a la confrontación

«Hasta ahora, toda la historia de Solidaridad consiste en una serie de conflictos de curso muy parecido: estalla violentamente o crece la gravedad de un problema concreto; la huelga de reacción o la reacción inadecuada del gobierno produce la huelga, la ocupación del edificio u otro tipo de protesta; comienzan entonces las negociaciones en un clima muy tenso, que concluyen, después de horas y horas de conversaciones, con la firma de un acuerdo sobre el papel...» (Del informe de la KKP presentado al Primer Congreso de Solidaridad).

Es posible afirmar que esta dinámica —que prepara las con-

diciones para que pueda producirse la confrontación— está establecida ya en los primeros meses de 1981. De hecho, Solidaridad había firmado en febrero de ese año más de seiscientos acuerdos con las autoridades. Y los militantes del nuevo sindicato comenzaban a preguntarse qué utilidad tenía esa verdadera montaña de papel, si luego las autoridades parecían incapaces de poner en práctica dichos acuerdos. Fue comentado el caso de los firmados entre enseñantes y gobierno, que contenían más de cien puntos —la mayoría de ellos no implicaban gasto alguno—, y seis meses después se habían cumplido cinco de los más obvios. Puede decirse que el posterior curso de 1981 profundizó en esta dinámica, y que los Congresos del Partido y de Solidaridad sirvieron para ponerlo de manifiesto. Y es desde esta doble perspectiva —movimiento social, poder establecido— como hay que examinar el camino que condujo a la confrontación.

La firmeza de principios y propósitos de los huelguistas generó desconcierto en las bases del POUP.

La dinámica interna de Solidaridad se hizo más compleja a medida que avanzaba el proceso. El principal fundamento del sindicato, a pesar de dificultades

Los sucesos de Bydgoszcz provocaron la primera explicitación pública de las distintas corrientes en el seno de Solidaridad.

y conflictos, era la necesaria democracia interna. Se repetía frecuentemente que, en un país donde no se conoce la democracia, Solidaridad tenía que ser un ejemplo para toda la sociedad. Así, cada decisión importante tuvo que ser consultada en todas las grandes empresas del país. En las reuniones se evidenciaba rápidamente la sensibilidad de los trabajadores para evitar ser despreciados o manipulados.

Por otra parte, la inmovilidad o, en muchos casos, la actitud contraria del gobierno (cuando no se trataba de agresiones concretas a los representantes de Solidaridad, a nivel local) provocaba el enfurecimiento colectivo, que se traducía, frecuentemente, en un incremento de la radicalización social. Esta situación se agrava poderosamente después de la provocación de Bydgoszcz, que supuso un verdadero impacto nacional, y que en Solidaridad provocó la primera explicitación pública de que dentro del movimiento existían dos maneras de plantear el tipo de respuesta a dar a estas actitudes del régimen.

En estas condiciones, eran los mismos representantes de Solidaridad quienes debían de explicar a los trabajadores de las grandes fábricas por qué era necesario detener una huelga o poner un techo a las demandas sociales. Y cualquier desliz en estas explicaciones levantaba la hipersensibilidad democrática manifestada entre los trabajadores. Incluso aquellos de oposición democrática que durante toda su vida lucharon por el surgimiento de un movimiento como Solidaridad, como es el caso de Jacek Kuron, tuvieron que recorrer todo el país para explicar a los obreros por qué era necesario practicar la política de los pequeños pasos. Pero el ambiente en muchos casos no favorecía ese tipo de

política. Y no era sencillo deshacer ese ambiente, que daba lugar a acciones como la emisión de la carta a los restantes países del Este, aprobada en el Con-

greso de Solidaridad, pidiendo a los trabajadores la formación de sindicatos libres en sus respectivos países. Carta que tuvo la virtud de enfurecer a las autoridades polacas y soviéticas.

Mientras para los moderados era necesario subrayar la necesidad de la auto-limitación y de la consolidación de un programa básico, para los radicales había que aprovechar el milagro de la existencia del sindicato y el infinito apoyo de la clase trabajadora para avanzar más en el control del poder establecido. Más allá de que las discusiones y la formación de corrientes en el seno de Solidaridad fueran mucho más complejas, esa diferencia de opciones—moderada y radical—adoptaba el espíritu general mencionado, especialmente en lo que se refiere a las relaciones con el gobierno.

«¿Qué me inquieta más? Primero, la falta de lógica de nuestra situación—escribía el periodista afiliado a Solidaridad, Kasimierz Dziewanowski—, que se muestra permanentemente en la obstinación de juntar agua con fuego, en la voluntad perseverante de mantener la esperanza en las situaciones que parecen más desesperadas. ¿Sólo lo parecen? Todavía no lo sabemos. Por ejemplo, el hecho de que los cambios sean imprescindibles, que la sociedad sienta profundamente esa necesidad... Pero al mismo tiempo la realidad exige que estos cambios tengan que ser realizados por aquellos que no los iniciaron, ni estamos seguros que se den cuenta de su absoluta necesidad, ni de que los vean posibles e incluso deseables. Aunque estamos seguros de que si estos cambios se postergan o simplemente no son capaces de llevarlos a cabo, entonces iremos derechos a una catástrofe de la que ni ellos mismos podrán salvarse. Desde cual-

quier punto de vista que se examine la situación parece que operamos sobre una lógica rota por dentro». (Del libro *Niepokoje i nadzieje*, Iskry, Varsovia, 1981).

Las diferencias en el seno del poder se establecían en un sentido opuesto. El corresponsal de *Le Monde* afirmó que en los acontecimientos de Bydgoszcz se habían encontrado el ala radical de Solidaridad (Rulewski) con la rama dura del Partido. Los duros —cuya manifestación pública más clara fue la reunión de Katowice— no habían conseguido aumentar su fuerza en los mecanismos de poder. Pero, a su vez, el grupo de Kania, que sustituyó al corrupto de Gierek, parecía compuesto con un solo criterio: nombrar a los que tuvieron el valor de criticar la situación antes de las huelgas obreras. Pronto se evidenció su parálisis en medio de las presiones cruzadas. Por el contrario, el nuevo equipo de Jaruzelski, nombrado primer ministro el 9 de febrero, parecía entender mejor la situación y la necesidad de negociar. Muchas esperanzas provocó el nombramiento de Rakowski como viceprimer ministro, un viejo aperturista con buenos contactos en el medio sindical.

Jaruzelski encontró los aplausos de la sociedad después de sus primeros gestos, como el poner en marcha la ley que liquidaba la censura, o resolver los graves conflictos de la formación de Solidaridad campesina y los nuevos sindicatos estudiantiles, al tiempo que iniciaba los juicios por corrupción contra el equipo de Gierek. Jaruzelski no tuvo ningún temor a decir claramente que el Partido había perdido la confianza de la sociedad y que había que esperar mucho tiempo para que pudiera recuperarla. Pero las tensiones dentro del poder aumentaban. Inmediatamente antes del Congreso del POUP, los duros tenían al menos la suficiente fuerza como para

exigir más firmeza en las operaciones contra Solidaridad.

El cuadro formado por todas estas líneas de fuerza describe bien los elementos del drama polaco. Los moderados del sindicato se encontraban con los moderados del gobierno, teniendo ambos a sus espaldas la presión de los duros: los duros del Partido afirmando que habrá que terminar con la descomposición del país, y los radicales de Solidaridad repitiendo que hay que poner a las autoridades de rodillas ante la suprema voluntad popular. En esta época —inmediatamente antes del Congreso del POUP en julio— Jaruzelski aparecía sumido en la bruma de la indefinición, aunque todo el mundo le consideraba entre los moderados.

El Congreso Extraordinario del Partido no vino a resolver las diferencias dentro del poder. La correlación de fuerzas no varió en lo fundamental, si bien se produjo la entrada en el Comité Central de algunos miembros de Solidaridad y el ascenso al Buró político de Helena Grzyb, trabajadora textil afiliada al nuevo sindicato. De hecho, lo que caracterizó al Congreso fue la elección de personas cuyo valor consistía en no ser prominentes del ala dura ni del ala reformadora. Finalmente, el Congreso concluyó sin la elaboración de ningún documento sólido de análisis de la crisis y mucho menos de cómo resolverla. Puede afirmarse que el único elemento positivo del Congreso fue la consagración del *discurso* negociador, algo que los duros habían tratado de cambiar.

Se cerraba así el círculo vicioso. Los duros no conseguían desplazar a los partidarios de la negociación, pero conseguían poner el suficiente lastre en la actividad del gobierno para impedir que éste diera pasos efectivos en la resolu-

Jaruzelski no tuvo ningún temor a decir que el Partido había perdido la confianza de la sociedad.

ción de los problemas ya negociados con Solidaridad, lo cual tenía un efecto evidente: cargar de razones al ala radical del movimiento. No hay ninguna

duda de que, para los elementos más conscientes del sector duro del POUP, la película polaca estaba clara: si se lograba conseguir que los acuerdos entre el gobierno y Solidaridad fueran papel mojado, se provocaría el deseo del nuevo sindicato de avanzar en el terreno de las decisiones políticas.

Una trampa dramática que era percibida por sectores reducidos de Solidaridad, como se pondría de manifiesto en las jornadas de su primer Congreso. Hay pocas dudas de que, con todos sus defectos, Lech Walesa estaba entre quienes tenían esta percepción. El Congreso tenía dos tareas fundamentales: plantear la reforma económica desde un prisma sindical (autogestión), y diseñar la estrategia del movimiento. En cuanto a la reforma económica, el Congreso sirvió para poner de manifiesto que, a diferencia del gobierno, Solidaridad sí

tenía capacidad –política y técnica– para proponer soluciones capaces de afrontar la crisis. Pero en la discusión sobre estrategia se manifestó con toda

claridad que el ambiente de júbilo en que se desarrollaba el Congreso alejaba a los delegados de la percepción del abismo. Sectores importantes del movimiento propusieron la intervención abierta de Solidaridad en el ámbito propiamente político. El máximo exponente del ala radical, Jan Rulewski, propuso la petición de elecciones libres para formar un parlamento «que controle el poder ejecutivo», y, en el plano internacional, hacer de Polonia un país neutral «abandonando el Pacto de Varsovia» (afirmación ésta que recibió cerrados aplausos por espacio de varios minutos).

Pero los grupos más pegados al terreno –entre ellos la llamada *izquierda laica*, en la que se colocaba Jacek Kuron– entendían que tratar de convertir estos justos deseos en realidades palpables podía significar la catástrofe. Y no sólo en el terreno de los hechos, sino incluso en el de las palabras. Lech Walesa tuvo

una respuesta contundente: «Lo que me inquieta –dijo al Congreso– es que menospreciamos al oponente. Confiamos demasiado en nuestra fuerza y, al mismo tiempo, no vemos todos los medios que tiene de hacernos aceptar sus razones. Uno de ellos consiste en cercarnos por hambre este invierno que empieza... Con estas actitudes de omnipotencia son mínimas las posibilidades que tenemos de vencer». En consecuencia, con estos criterios Walesa afirmaría que, si en las resoluciones se recogían criterios irreales, él no aceptaría la presidencia de Solidaridad.

Para el dirigente sindical había que guardarse esos deseos de cambiar el mundo y mantenerse pegados a los problemas más concretos: alimentación, calefacción para el invierno y buena distribución, es decir, liquidar las colas. Pero en la sala del Congreso de un mo-

vimiento de diez millones de personas, este programa parecía drásticamente mínimo. El nuevo presidente no obtendría más que el 55,2 por 100 de los

mandatos.

Semanas más tarde, en una reunión de la nueva Comisión Nacional, Walesa exponería claramente un temor que ya había apuntado antes: «la confrontación es inevitable». Y no se equivocaba en cuanto a la sutilidad de los medios del oponente; porque esa afirmación suya sería grabada y publicada al día siguiente en toda la prensa nacional, con el consiguiente escándalo. Sin olvidar que aún conservaba medios más brutales, como se pondría de manifiesto en la manera de liquidar la huelga de la Escuela de Bomberos.

La confrontación se viste de uniforme

«¿Habrà guerra civil? Hay quien dice que sí. Pero yo tengo otra opinión. Una guerra civil exige la existencia de dos bandos, y aquí sólo veo uno.» Así co-

menzaba el comentario editorial de Krzysztof Czabanski aparecido el 13 de diciembre en el último número del semanario *Solidaridad*. El comentarista

Un golpe militar tradicional era algo completamente desconocido en los países del Este.

hacía referencia al ambiente de continuas amenazas que se emitían desde los medios oficiales, hablando de guerra civil y de derramamientos de sangre. Pero el único bando que veía Czabanski era el de la nación unida en torno a Solidaridad. Más allá no había sino un núcleo de hombres de la Nomenklatura dispuestos a defender el sistema.

Y esta visión de la situación no parecía tan desenfocada. Recientes investigaciones sobre el estado de opinión de las Fuerzas Armadas mostraban que sólo un 17 por 100 de los oficiales estaban dispuestos a utilizar sus armas contra el movimiento. Por otra parte, en el mes de julio había tenido lugar la tentativa de formación de un sindicato profesional independiente dentro de las fuerzas de policía (Milicia), y, si bien los promotores habían sido inmediatamente expulsados, los simpatizantes permanecían dentro.

Por ello, cuando el general Jaruzelski amenazó con pedir al Parlamento la posibilidad de implantar el estado de guerra, la idea que se tenía de esta medida excepcional era que, en lo fundamental, supondría la liquidación del derecho de huelga; algo que, si bien significaría un enfrentamiento abierto en cuanto el sindicato no lo aceptara, no podía establecerse a priori como favorable al gobierno. Eso en el caso de que el Parlamento llegara a aprobar la medida, después de la campaña que preparaba Solidaridad.

Es decir, el peligro de que el poder recurriera al uso de las fuerzas coercitivas para controlar a Solidaridad era algo que estaba presente en el horizonte. El mismo Czabinski, en el comentario citado, tenía en cuenta esta posibilidad, cuando al final de su texto decía: «Es cierto que el poder puede demostrar su resolución y en las esquinas de las calles

pueden aparecer tanques, y las patrullas militares y de policía pueden ocupar las calles, pero el fusil no puede sustituir la reforma económica, ni llenar las estan-

terías de las tiendas. El fusil, en general, no arreglará nada. Pero si el poder hace esto romperá la posibilidad de mantener conversaciones entre el gobierno y Solidaridad. La huelga general que estallará mostrará el vacío social en que queda esta opción de fuerza. Entonces se podrá ver si hay dos bandos y es posible la guerra civil, o si, como yo digo, sólo hay uno y los que intentan la vía de la fuerza quedan fuera de la vida política del país».

Este escenario no contempla en absoluto la posibilidad de un golpe militar en términos más clásicos: es decir, dado en la madrugada, al margen de los mecanismos institucionales. Pero esto no puede resultar extraño: un golpe militar tradicional era algo completamente desconocido en los países del Este. Sin embargo, existen causas que pueden explicarlo. La fundamental, el hundimiento general del principal mecanismo de poder existente hasta entonces: el Partido Obrero Unificado Polaco.

Un hundimiento que era también una crisis de ideas. «Camaradas: decimos Partido y pensamos Lenin, decimos Lenin y pensamos Partido. Y así, camaradas, hace ya treinta y seis años que decimos una cosa y pensamos otra.» Este chiste, basado en la famosa frase de Mayakowski, contado frecuentemente entre los militantes del POUP, refleja bien esa crisis de fondo.

Después de las decenas de miles de obreros que abandonaron el Partido durante los procesos de huelga de 1980, lo hicieron posteriormente los cuadros e intelectuales (aquellos que no fueron expulsados por corrupción). Inmediatamente antes del Congreso del Partido, la cifra oficial de abandonos era de 212.000 afiliados, y 80.000 la de expulsiones por corrupción. El ambiente rei-

nante era, como se comentaba frecuentemente, de un acentuado sentido de culpa y de una sensación de parálisis colectiva. También en el sentido de la reflexión. Los antiguos ideólogos del POUP, mostrando la miseria de su filosofía, ofrecían ahora teorías de este tipo: «La clase obrera es como un niño enfermo, los obreros son incapaces de exponer sus reivindicaciones, luego el hecho de que lo hagan supone que están dominados por los elementos antisocialistas. El único médico que puede curar a la clase obrera enferma es el Partido fuerte y sano». Así se expresaba el ideólogo del Comité Central, en las reuniones de los organismos de base del POUP. La respuesta de los militantes era inmediata: los hechos demuestran que es el partido el que está enfermo, y sólo la clase obrera puede salvarlo.

Cuando comenzaron a salir a la luz, en 1980, los escándalos de corrupción, otra de las ideas consistía en que el Partido encabezara, a la manera checa, la justa crítica nacional. Esta idea no pasó del embrión: provocaba cierta hilaridad al ser usada.

Pronto se hizo evidente que la crisis no se refería a una discusión que dividiera al Partido en varias alas. Existía una descomposición generalizada que contrastaba con el empuje de Solidaridad. En esta situación, provocó verdadero pánico en el Comité Central el movimiento de renovación dentro del partido, iniciado en las fábricas de Torun, que proponía volver a las raíces y rechazaba las proposiciones del CC sobre la crisis, planteando la creación de estructuras horizontales entre las empresas.

Así, el Congreso Extraordinario centró al POUP sobre sí mismo. El problema fundamental parecía la democrati-

zación interna y el proceso electoral para elegir delegados, y las propuestas para salir de la crisis económica y social quedaban ensombrecidas. De hecho, el

Congreso concluyó sin un documento que pudiera parecerse a un programa para atacar la crisis. Y a su fin estuvo claro que el POUP había perdido su papel dirigente e incluso su capacidad política.

Ahora bien, este papel no podía ser asumido por Solidaridad a pesar de sus millones de afiliados. Como se dijo entonces, el poder se encontraba tirado en la calle, mientras el país sufría la creciente gravedad de la crisis. Es decir, se daban las condiciones para el desarrollo del Bonaparte rojo.

Cuatro meses después del Congreso el veterano Ministro de Defensa, que ya era también Primer Ministro, se convirtió además en el Primer Secretario del POUP. Wojciech Jaruzelski, el general de las manos limpias y el prestigio de nacionalista, desplazaba al centrista Kania. La llegada del militar a la cumbre del poder político despertó, sin embargo, un buen número de expectativas.

La institución militar nunca tuvo prominencia en la vida polaca. Podría decirse que su imagen era más la de un cuerpo asistencial que la de un aparato de poder (los uniformes se veían al lado de los monumentos nacionales, y en los inviernos para quitar nieve o resolver catástrofes naturales). Y en algún sentido, se les hacía depositarios del sentimiento nacionalista polaco. Incluso se llegó a extender el rumor de que durante la visita de Suslov a Varsovia, en la primavera de 1981, Jaruzelski habría hecho alusiones al patriotismo del Ejército polaco y su disposición para guardar todas y cada una de sus fronteras.

Ahora bien, puede afirmarse que cuando el general Jaruzelski, el 16 de octubre, sustituye a Kania en la primera secretaría del Partido, lo hace ya desde una perspectiva bonapartista. Ya había

Al finalizar el Congreso del POUP, éste había perdido su papel dirigente y su capacidad política.

planteado la necesidad de que el Parlamento le facultara para poder establecer medidas de excepción. Pero lo que es más importante es que también se había

decidido ya la prórroga del servicio militar de los soldados salientes, que se veían obligados a seguir cumpliendo el servicio hasta después de las navidades; lo que suponía evitar el cambio que siempre significa el licenciamiento de soldados adiestrados, cuando llegan nuevos reclutas, faltos de conocimientos militares, de disciplina, y con posibles conexiones con Solidaridad.

Es decir que, desde que el general se convirtió también en primer secretario, el dispositivo militar para sostener las medidas excepcionales estaba prácticamente dispuesto, con la ventaja de poder ser utilizado en la vía del tradicional golpe de mano. Cosa que finalmente decidió Jaruzelski el 13 de diciembre.

¿Realmente lo decidió Jaruzelski? Es virtualmente imposible dar aún una respuesta, que, por lo demás, quizá no se conozca nunca con exactitud. Pero cabría apuntar alguna hipótesis. Es difícil creer que se tratara de una casualidad el

hecho de que el golpe tuviera lugar durante la estancia en la capital polaca del mariscal Kulikov, el jefe soviético del Estado Mayor conjunto de las fuerzas

del Pacto de Varsovia. Este y otros datos llevan a pensar que Jaruzelski se decidió ante una amenaza abierta del tipo: «Mi general, ustedes o nosotros». Y que, tratando de mantener su alternativa bonapartista y nacionalista, Jaruzelski respondiera: «En todo caso, nosotros». Y en este sentido pueden resultar bastante sinceras las confesiones del viceprimer ministro Rakowski en Bonn, cuando aseguró que el golpe se había dado para evitar lo peor.

La paradoja consiste en que, muy posiblemente, tratando de evitar lo peor, el equipo de Jaruzelski haya hecho el trabajo sucio de desarticular el movimiento, perdiendo así uno de los fundamentos del sutil equilibrio bonapartista, consistente en controlar a Solidaridad bajo medidas excepcionales, mientras el Partido continuaba inmóvil. Pero la di-

námica del golpe le arrastra ahora a liquidar el movimiento. Y puede que en esa dirección sólo haya una brutal pendiente por la que acabe cayendo el propio Jaruzelski.

¿Es reformable el sistema?

La cuestión que plantea el proceso polaco, quizás más netamente que en otras ocasiones, es si pueden introducirse reformas de fondo en el sistema político de uno o varios países del Este. Y en realidad éste fue apasionante tema de discusión no sólo en reuniones orgánicas, seminarios y cursillos, sino en cualquier reunión de amigos.

Existían al respecto dos tipos de enfermedades. La que se presentaba en el seno del POUP, que consistía en un pesimismo acomodaticio, basado en la idea de que no vale la pena intentarlo porque nuestro hermano mayor no lo

permitirá; y su extremo opuesto, el optimismo a ultranza de amplios sectores de Solidaridad, para quienes estaba claro que si el hermano mayor había teni-

do que aceptar en Polonia la privatización del campo y la presencia de la Iglesia Católica, ahora se vería obligado a aceptar reformas en profundidad del propio sistema.

Incluso los más escépticos dentro de Solidaridad defendían la idea de la posibilidad de reformar el sistema. Andrzej Celinski, secretario del KKP, órgano supremo de Solidaridad hasta su primer Congreso, en una entrevista realizada para *Leviatán* (número 5) en la que se mostraba escéptico sobre la evolución de los acontecimientos, aseguraba: «El mundo vive y el sistema es parte del mundo. La tesis sobre la imposibilidad de reformar el sistema me parece falsa y vacía».

Examinar esta problemática a la luz del proceso polaco exige tener en cuenta la relación entre los condicionantes

La cuestión que plantea el proceso polaco es si pueden introducirse reformas en el sistema político de los países del Este.

externos y el proceso renovador interno. Parece evidente que durante 1981 muchos cuadros de Solidaridad estuvieron pendientes de la posibilidad de que sur-

Durante 1981 muchos cuadros de Solidaridad estuvieron pendientes de que surgieran movimientos en los países del bloque.

gieran otros movimientos en los países del bloque. La tesis, lógicamente, era que si los aires de renovación soplaban también en Rumanía, Checoslovaquia, o incluso en Lituania y Estonia, la autonomía de Polonia no parecía tan grande. Esta idea tuvo alguna relación con la carta abierta a los trabajadores de los países del Este surgida del Congreso de Solidaridad, aunque a esta altura ese llamamiento era también un grito de angustia ante la evidencia de que nada semejante sucedía alrededor.

Por su parte, los más pesimistas sostenían que no existen posibilidades de reforma en los países del bloque hasta que no tenga lugar una apertura en la Unión Soviética. Como dice el proverbio ruso: «El pescado empieza a pudrirse por la cabeza».

Cabría pues plantearse, en un sentido diferente, la pregunta de los viejos bolcheviques: ¿Es posible la renovación en un solo país? Algunos afirmaban que precisamente el hecho de que Polonia fuese tan especial, tan única, favorecía la posibilidad de continuar siendo considerada como el hijo *hippie* de la familia. Pero incluso en esta perspectiva se sabía que todo era una cuestión de límites. Naturalmente cabe la pregunta de si los límites se habían sobrepasado ya con la simple existencia de un movimiento como Solidaridad. Parece evidente que esto era así para los duros del sistema, pero también es cierto que no pudieron plantear abiertamente esta cuestión, sino que su fuerza residía en la crítica que pudiera hacerse de lo que hacía o

dejaba de hacer Solidaridad. Por otra parte, es indudable que para el equipo de Jaruzelski la idea de un movimiento como Solidaridad tenía su sentido en la

perspectiva de una necesidad inaplazable: la liberalización económica. Naturalmente una liberalización de acuerdo con sus propios criterios. Pero cabe preguntarse si estaba decidido que no era posible una negociación entre esos criterios y el programa mínimo de Lech Walesa. Que, en el fondo, es lo mismo que preguntarse si todo estaba determinado desde el principio.

Ahora bien, si no caemos en el determinismo entonces habrá que examinar las decisiones y los movimientos colectivos de ese fenómeno llamado Solidaridad. No cabe duda alguna de que el camino era sumamente estrecho, y que Solidaridad lo tuvo permanentemente presente; pero cabe preguntarse si lo tuvo tan presente como era realmente estrecho el camino. En cualquier caso, las leves imprudencias de la víctima adolescente —que de no cometerlas tal vez se hubiera salvado— jamás pueden justificar la actitud del criminal.

Los polacos ven este proceso revolucionario en el fondo histórico de todas las crisis padecidas: 1956, 1968, 1970 y 1976. Tres de estos procesos, 1956, 1970 y 1980, supusieron el nacimiento de esperanzas. Los otros dos, 1968 y 1976, sólo significaron el miedo. Pero desde 1956 a 1980 es indudable que están mucho más claros los objetivos e incluso los medios de lucha: reformas democráticas del sistema, derechos de los trabajadores, auto-organización de la sociedad. Y aquí sí estamos ante un hecho seguro: Solidaridad sigue siendo la expresión más alta de esa conciencia.